



Investigar: una vocación innata, profesional y revolucionaria para recién graduados en enfermería

Autora: Tamara Ruiz Merlo .

Enfermera de Investigación. Unidad de Enfermedades Infecciosas. Instituto de Investigación Hospital 12 de Octubre (Madrid, España).

Desde una perspectiva antropológica, la capacidad de investigar —entendida como el impulso de cuestionar, explorar y desenmarañar el funcionamiento del mundo— es uno de los rasgos que definen a la humanidad (1). Esta inclinación natural, vinculada a procesos evolutivos clave para la supervivencia y la adaptación, se manifiesta tanto en gestos cotidianos como en las formas más sofisticadas del conocimiento científico. Explorar, identificar patrones, anticipar riesgos o crear herramientas innovadoras fueron —y siguen siendo— estrategias esenciales para prosperar. Desde la infancia, el ser humano juega, prueba, se equivoca y corrige: una forma primitiva pero genuina de hacer ciencia. Esa curiosidad espontánea se consolidó a lo largo de los siglos en rituales, saberes prácticos y, más tarde, en sistemas formales de conocimiento.

Las sociedades humanas han integrado la indagación en sus estructuras a través de instituciones formales (academias, universidades) y redes informales de expertos. Incluso allí donde no existe la “ciencia” en su sentido occidental, las comunidades evalúan empíricamente la eficacia de remedios, técnicas agrícolas o ciclos climáticos (1, 2). La antropología de las religiones muestra que mitos y rituales no solo expresan creencias, sino que también responden al deseo colectivo de comprender el mundo (1). Estas narrativas no son estáticas: cambian cuando la experiencia las cuestiona. Por ejemplo, el abandono de ciertos rituales médicos tradicionales a menudo obedece a observaciones acumuladas que indican su ineficacia, en un auténtico proceso de investigación compartida.

Al concluir la carrera de Enfermería, muchas enfermeras piensan inmediatamente en la práctica clínica, donde su rol es esencial en la atención directa al paciente. Sin embargo, existe otra vía profesional con gran potencial: la investigación. Este camino no solo enriquece el desarrollo disciplinar, sino que impulsa mejoras tangibles en la

calidad de los cuidados y fortalece la autonomía profesional (3). Investigar significa desafiar inercias, transformar lo cotidiano con datos y evidencias, y aportar una visión sensible a lo que ocurre en primera línea de atención (4, 5).

La capacidad de leer críticamente, diseñar estudios y aplicar resultados fortalece la profesión y otorga legitimidad en equipos multidisciplinares (6). En un sistema sanitario en constante cambio, cuestionar lo establecido y proponer alternativas convierte al profesional en motor de transformación (7). Esta actitud nace de una curiosidad tan antigua como la infancia y se cultiva con formación, perseverancia y espíritu crítico (6). La resiliencia frente a obstáculos, junto con el trabajo colaborativo, enriquece los proyectos y arraiga las innovaciones.

Además, la investigación en enfermería es un recurso estratégico para afrontar desafíos contemporáneos: cronicidad, complejidad asistencial, envejecimiento poblacional o inequidades en el acceso a la salud. Las enfermeras, por su cercanía al paciente y al equipo, detectan patrones, deficiencias u oportunidades que otros perfiles no perciben (3,8). Esta proximidad les proporciona una mirada aguda y la capacidad de generar conocimiento ajustado al contexto y a necesidades reales.

A menudo se asume que investigar requiere trayectorias académicas extensas o círculos especializados alejados de la clínica, pero hoy existen múltiples vías de entrada: unidades de mejora continua, grupos de trabajo, convocatorias institucionales o pequeñas investigaciones promovidas por profesionales jóvenes (3, 6). Lo esencial no es el grado académico, sino disponer de herramientas—lectura crítica, análisis de datos y metodología—y el deseo de generar conocimiento desde el lugar de ejercicio. Una buena pregunta surgida en el turno, acompañada de observación sistemática, puede convertirse en contribución valiosa (5). La democratización del acceso a bases de datos, programas

estadísticos y redes de colaboración ha acortado las distancias entre la clínica y la producción de evidencia, haciendo de la investigación una posibilidad real y tangible (9).

Participar en investigación permite publicar hallazgos, compartir en congresos y construir redes académicas; todo ello abre puertas a la docencia y a la mejora continua. Para quienes comienzan su andadura, canalizar esa inquietud hacia posgrados, becas o iniciativas propias está más cerca de lo que parece. Investigar no es solo una opción profesional: es un acto de esperanza que reafirma la convicción de que siempre podemos hacerlo mejor, que cada duda merece respuesta y que cada paciente merece una atención más justa y humana. Si acabas de graduarte y sientes esa chispa de curiosidad dentro de ti, aliméntala: puede ser el inicio de algo grande, no solo para ti, sino para toda la profesión.

BIBLIOGRAFÍA

1. Geertz C. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa; 1993.
2. Foucault M. *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI Editores; 1970.
3. Cofiño R. Investigación en enfermería: más allá del método científico. *Enferm Clin*. 2018;28(3):147–9.
4. Carpenito Moyet LJ. *Diagnósticos enfermeros: aplicación a la práctica clínica*. 13ª ed. Barcelona: Elsevier; 2016.
5. Chalmers I. If evidence informed policy works in practice, does it matter if it doesn't work in theory? *Evidence & Policy*. 2005;1(2):227–42.
6. Meleis AI. *Theoretical nursing: development and progress*. 5th ed. Philadelphia: Wolters Kluwer Health; 2012.
7. Sackett DL, Straus SE, Richardson WS, Rosenberg W, Haynes RB. *Evidence based medicine: how to practice and teach EBM*. 2nd ed. Edinburgh: Churchill Livingstone; 2000.
8. Watson J. *Nursing: the philosophy and science of caring*. Rev ed. Boulder (CO): University Press of Colorado; 2008.
9. Ricoeur P. *Sí mismo como otro*. Madrid: Trotta; 1996.

